



Verdad y Anuncio de la Fe

Parroquia de Nuestra Señora Reina del Cielo
Hoja Semanal * Año «VIII» * nº «31» * 11 * Mayo * 2014

Evangelio de este Domingo

Yo soy la puerta de las ovejas

Lectura del santo evangelio según san Juan (Jn 10, 1-10).

En aquel tiempo, dijo Jesús:

«Os aseguro que el que no entra por la puerta en el aprisco de las ovejas, sino que salta por otra parte, ése es ladrón y bandido; pero el que entra por la puerta es pastor de las ovejas. A éste le abre el guarda, y las ovejas atienden a su voz, y él va llamando por el nombre a sus ovejas y las saca fuera. Cuando ha sacado todas las suyas, camina delante de ellas, y las ovejas lo siguen, porque conocen su voz; a un extraño no lo seguirán, sino que huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños.»

Jesús les puso esta comparación, pero ellos no entendieron de qué les hablaba. Por eso añadió Jesús:

«Os aseguro que yo soy la puerta de las ovejas. Todos los que han venido antes de mí son ladrones y bandidos; pero las ovejas no los escucharon. Yo soy la puerta: quien entre por mí se salvará y podrá entrar y salir, y encontrará pastos. El ladrón no entra sino para robar y matar y hacer estrago; yo he venido para que tengan vida y la tengan abundante.»

Contenidos de la Hoja Semanal

- Evangelio: Del evangelio de san Juan (Jn 10, 1-10).
- Magisterio: Exhortación Apostólica de S.S. Juan Pablo II: «Centesimus annus» (9).
- Tradición: San Atanasio, Obispo: «La Encarnación del Verbo».
- Al Sº Verdad: Juan Pablo I: «La verdad desde la sencillez, el amor desde la humildad».

>> Visite nuestra Web: www.reinacielo.com

El Magisterio de la Iglesia: Exhortación Apostólica de S.S. Juan Pablo II "Centesimus annus"

De esta manera el principio que hoy llamamos de **solidaridad** se demuestra como uno de los principios básicos de la concepción cristiana de la organización social y política. León XIII lo enuncia varias veces con el nombre de «**amistad**», que encontramos ya en la filosofía griega; por Pío XI es designado con la expresión no menos significativa de «**caridad social**», mientras que Pablo VI, ampliando el concepto, de conformidad con las actuales y múltiples dimensiones de la cuestión social, hablaba de «**civilización del amor**».



11. La relectura de aquella encíclica, nos permite apreciar **la constante preocupación y dedicación de la Iglesia** por aquellas personas que son objeto de predilección por parte de Jesús, nuestro Señor. El contenido del texto es un testimonio excelente de la continuidad, de lo que ahora se llama «**opción preferencial por los pobres**»; una «forma especial de primacía en el ejercicio de la caridad cristiana». La encíclica sobre la «cuestión obrera» es, pues, una encíclica sobre los pobres y sobre la terrible condición a la que el nuevo y con frecuencia violento proceso de industrialización había reducido a grandes multitudes. También hoy, en gran parte del mundo, semejantes procesos de transformación económica, social y política originan los mismos males.

León XIII reconoce oportunamente que el Estado tiene la incumbencia de velar por el bien común y cuidar que todas las esferas de la vida social, sin excluir la económica, contribuyendo a promoverlo, naturalmente dentro del respeto debido a la justa autonomía de cada una de ellas. **Esto, sin embargo, no autoriza a pensar que según el Papa toda solución de la cuestión social deba provenir del Estado.** Al contrario, él insiste varias veces sobre los necesarios límites de la intervención del Estado y sobre su carácter instrumental, ya que **el individuo, la familia y la sociedad** son anteriores a él y el Estado mismo **existe para tutelar los derechos de aquél y de éstas, y no para sofocarlos.**

Los puntos subrayados —ciertamente no los únicos de la encíclica— están en la línea de continuidad con el magisterio social de la Iglesia y a la luz de una sana concepción de la propiedad privada, del trabajo, del proceso económico de la realidad del Estado y, sobre todo, del hombre mismo. Hay que tener presente desde ahora que lo que constituye la trama y en cierto modo la guía de la encíclica y, en verdad, de toda la doctrina social de la Iglesia, **es la correcta concepción de la persona humana y de su valor único**, porque «el hombre... en la tierra es la sola criatura que Dios ha querido por sí misma». En él ha impreso su imagen y semejanza (cf. Gn 1, 26), confiriéndole una dignidad incomparable, sobre la que insiste repetidamente la encíclica. En efecto, aparte de los derechos que el hombre adquiere con su propio trabajo, hay otros derechos que no proceden de ninguna obra realizada por él, **sino de su dignidad esencial de persona.**

Perlas de nuestra Tradición: San Atanasio, Obispo

La encarnación del Verbo

El Verbo de Dios, incorpóreo e inmune de la corrupción y de la materia, **vino al lugar donde habitamos**, aunque nunca antes estuvo ausente, ya que nunca hubo parte alguna del mundo privada de su presencia, pues, por su unión con el Padre, lo llenaba todo en todas partes.

Se nos hizo visible y, compadecido de la debilidad de nuestra raza y conmovido por nuestro estado de corrupción, **no toleró que la muerte dominara en nosotros ni que pereciera la creación**, con lo que hubiera resultado inútil la obra de su Padre al crear al hombre, y por esto tomó para sí un cuerpo como el nuestro, ya que no se contentó con habitar en un cuerpo ni tampoco en hacerse simplemente visible. En efecto, si tan sólo hubiese pretendido hacerse visible, hubiera podido ciertamente asumir un cuerpo más excelente; pero él tomó nuestro mismo cuerpo.



En el seno de la Virgen, se construyó un templo, es decir, su cuerpo, y lo hizo su propio instrumento, en el que había de darse a conocer y habitar; de este modo, habiendo tomado un cuerpo semejante al de cualquiera de nosotros, ya que todos estaban sujetos a la corrupción de la muerte, **lo entregó a la muerte por todos, ofreciéndolo al Padre con un amor sin límites**; con ello, al morir en su persona todos los hombres, **quedó sin vigor la ley de la corrupción** que afectaba a todos, ya que agotó toda la eficacia de la muerte en el cuerpo del Señor, y así ya no le quedó fuerza alguna para ensañarse con los demás hombres, semejantes a él; con ello también, hizo de nuevo incorruptibles a los hombres, que habían caído en la corrupción, y los llamó de muerte a vida, consumiendo totalmente en ellos la muerte, con el cuerpo que había asumido y con el poder de su resurrección, del mismo modo que la paja es consumida por el fuego.

Por esta razón asumió un cuerpo mortal: para que este cuerpo, unido al Verbo que está por encima de todo, **satisficiera por todos la deuda contraída con la muerte**; para que, por el hecho de habitar el Verbo en él, no sucumbiera a la corrupción; y, finalmente, para que, en adelante, por el poder de la resurrección, se vieran ya todos libres de la corrupción.

De ahí que el cuerpo que él había tomado, al entregarlo a la muerte como una hostia y víctima limpia de toda mancha, alejó al momento la muerte de todos los hombres, a los que él se había asemejado, **ya que se ofreció en lugar de ellos**. De este modo, el Verbo de Dios, **superior a todo lo que existe**, ofreciendo en sacrificio su cuerpo, templo e instrumento de su divinidad, **pagó con su muerte la deuda que habíamos contraído**, y, así, el Hijo de Dios, inmune a la corrupción, por la promesa de la resurrección, **hizo partícipes de esta misma inmunidad** a todos los hombres, con los que se había hecho una misma cosa por su cuerpo semejante al de ellos.

Es verdad, pues, que la corrupción de la muerte no tiene ya poder alguno sobre los hombres, **gracias al Verbo**, que habita entre ellos por su encarnación.

Al Servicio de la Verdad: S. S. Juan Pablo I

La verdad desde la sencillez, el amor desde la humildad (1)

En torno a las siete de la tarde del sábado 26 de agosto de 1978, el cónclave reunido tras la muerte, veinte días antes, del Papa **Pablo VI**, elegía, en apenas veinticuatro horas, nuevo Obispo de Roma y Pastor Supremo de la Iglesia católica a un desconocido y humilde obispo del norte de Italia: el cardenal **Albino Luciani**, patriarca de Venecia desde 1973. Tenía 65 años de edad.



Un nombre que no aparecía en la *“lista de papables”* de los grandes medios de comunicación social. Fue una sorpresa: un discreto y humilde pastor, un gran párroco y mejor catequista, cuyo nombre —excepto en Italia y entre los cardenales— no había salido a relucir en las jornadas previas al cónclave.

La segunda sorpresa vino con la elección del nombre: **Juan Pablo I**, el primer nombre compuesto en la historia del pontificado romano. Un nombre lleno, eso sí, de sabiduría: aunar los legados del Papa **Juan XXIII** y su sabiduría del corazón y el del Papa **Pablo VI** y su sabiduría de la inteligencia, como él mismo desveló nada más ser elegido Sumo Pontífice.

La tercera sorpresa llegaba, a la par que con la sonrisa que ha pasado a la historia, en cuanto comenzó a hablar y mostrarse tal cual era: un Papa sencillo, humilde, del pueblo; un Papa que hablaba también de los gondoleros, de Pinocho, de Dickens, de Mark Twain, de Figaro, de Marconi; el Papa que ofrecía “migajas” de la mejor catequesis y que destilaba el inconfundible aroma de la fresca evangélica, de la verdad desde la sencillez, del amor desde la humildad.

Su reseña curricular lo presentaba como un eclesiástico de provincias bien preparado y curtido en la pastoral y en el gobierno, con escasa experiencia internacional, pero muy valorado y querido por sus hermanos obispos de Italia y, sobre todo, por sus fieles. Lo que la gente se preguntaba era si iba a ser como Juan XXIII el párroco del mundo, o tendría que asumir en su pontificado las dificultades e incomprensiones de Pablo VI. Él afirmaba de sí mismo que era **como un pobre gorrión que, en la última rama del árbol, no hace más que piar, diciendo algún que otro pensamiento** sobre los temas de su ministerio.

Pero la mayor de las sorpresas llegaría tan solo treinta y tres días después de su elección: su repentina muerte en la noche del jueves 28 de septiembre. Al día siguiente, con la noticia de su muerte, la catolicidad y el mundo entero quedaron consternados.

Sólo un mes necesitó Juan Pablo I para ganarse el corazón de la humanidad y sembrar la esperanza en el mundo con su sonrisa.

Continuará...